

se expresaban, pues en absoluto había que elegir a uno solo. Y no dijeron: Señor, elige; sino manifiesta quién es tu elegido. Porque dice: *Al que has elegido*, pues sabían que todo ha sido predefinido por Dios.

*A cuál de éstos te has elegido para ocupar el lugar de este ministerio y apostolado.* Pues había otros ministerios además. *Y lo confiaron a los dados.* Porque aún no se juzgaban dignos de hacer por sí mismos la elección; y así anhelan que por medio de alguna señal se les manifieste. Por lo demás, si ahí en donde no hubo oración previa ni había varones dignos de hacer la elección fue tan eficaz el sorteo, a causa de que se hacía con recta intención (me refiero al caso de Jonás sorteado), mucho más tenía que serlo acá en donde ese sorteo completó el número de Apóstoles y cerró el número de ellos. Y no lo llevó a mal el competidor; pues de otro modo no lo habrían callado los evangelistas, ya que no omitieron el referir los defectos aun de los más connotados Apóstoles: como por ejemplo cuando se irritaron y no una vez ni dos, sino otras muchas.

Imitemos a estos varones. No me refiero en esto a todos, sino a los que ansían prefecturas y dignidades. Si crees que la elección viene de Dios, no te indignes, pues contra El te irritas y enfureces, puesto que es El quien eligió. Siendo Dios quien elige, si te indignas procedes como Caín. Este, cuando convenía ensalzar a su hermano, al revés, lo llevó a mal y se indignó de que el sacrificio de su hermano fuera más acepto ante Dios: se enojó cuando lo conveniente habría sido arrepentirse. Pero, en fin, lo que yo digo es que sabe Dios muy bien ordenar las cosas. Con frecuencia sucede que tú, aun cuando seas de mejores costumbres, no eres idóneo para el cargo. Tal vez tu vida es inestable y tus costumbres generosas; pero esto no basta en la Iglesia de Dios. Por otra parte, uno es idóneo para una cosa y otro para otra. ¿No adviertes cuánto cuidado pone en esto la Sagrada Escritura?

Voy a decir de dónde nacen las discusiones en esta materia. De que no nos acercamos a las prefecturas como para ayudar a los hermanos, sino como a un honor y descanso. Si tuvieras en cuenta que el obispo pertenece a todos; que debe llevar la carga de todos; que el perdón que a otros se les otorga cuando se irritan a él se le niega; que cuando otros caen en un pecado todos los excusan, pero a él nadie lo excusa, entonces no te precipitarías hacia semejantes dignidades. El obispo está expuesto a todas las lenguas, a los juicios de todos, así

sabios como necios; y anda destrozado con los diarios cuidados aun durante las noches; y es blanco de las envidias y de los odios de muchos. No me hables de quienes todo lo hacen por agradar y anhelan el descanso y el sueño; y se acercan al cargo como a un puerto de tranquilidad y sin trabajos. Yo no hablo de esos.

Yo hablo de quienes vigilan por vuestras almas y anteponen la salvación de los súbditos a la propia. Porque dime: si quien tiene diez hijos bajo su obediencia que continuamente habitan en su casa, se ve obligado a cuidar de ellos sin descanso, quien tantísimos tiene y no a su disposición y obediencia y que no habitan con él, sino que son libres y disponen de sí mismos ¿de cuánta virtud conviene que sea? Dirás: pero al fin y al cabo se le tributan honores. ¿Cuáles? Los más viles de entre los pobres y en pleno foro lo destrozan a injurias. Insistirás: ¿por qué no les cierra la boca? ¡Bueno estaría! Pero con eso no me dices el oficio del obispo.

Además, si no hace limosnas a todos, vagos y desocupados, se le acomete con infinitas recriminaciones. Ante los príncipes cohibe el miedo; ante el obispo, no. Nadie siente miedo en acusarlo y recriminarlo. Ante el obispo nada vale el temor de Dios. ¿Quién podrá declarar el cuidado que ha de tener él de la enseñanza y de la predicación, y la dificultad en las ordenaciones de presbíteros? Quizá yo soy un miserable, un tonto, un hombrecillo de nada; o quizá las cosas en la realidad son tales como las digo. El alma del obispo y del sacerdote en nada se diferencian de una nave agitada por las olas. De todos lados se le punza, por amigos y enemigos, por los suyos y por los extraños.

Objetarás: pero ¿acaso no está sujeto al Emperador el orbe todo, mientras que el Prelado gobierna solamente una ciudad? ¡Sí! Pero las solicitudes de éste son tanto mayores que las de aquél cuanto mayor es el piélago, hinchado y furioso, que las olas de un río. ¿Por qué motivo? Porque el Emperador tiene cantidad de ministros y todo se hace por su mandato y por la ley. Pero en nuestro caso nada de eso hay, pues no se pueden dar órdenes autoritativamente. Si el obispo con exceso se impone, se le llama cruel; y si no se impone, se le tilda de frío en insensible. De manera que se hace necesario conjugar esas dos cosas contrarias para que ni se excite el desprecio ni tampoco el odio. Por otra parte, están las preocupaciones de los negocios. ¡A cuántos hombres se ve obligado a ofender, quiera o no quiera! ¡Contra cuántos otros tiene que proceder con aspereza, contra su propia voluntad! ¡Yo digo lo que siento! Pienso que muchos sacerdotes se

salvan, pero son muchos más los que se condenan, no por otro motivo sino porque la empresa requiere hombres magnánimos <sup>8</sup>. Necesidades de todas clases lo perturban en sus costumbres y tiene necesidad por todos lados de infinitos ojos.

¿Advierte la gran cantidad de virtudes que ha de poseer el obispo? Que tenga amplia instrucción; que sea paciente, que al enseñar sea fiel al Evangelio. ¡Cuán difícil es todo eso! Culpable es de los pecados ajenos. No recordaré otras cosas. Pero basta, por ejemplo, que muera uno solo sin estar iniciado para que éste le ponga en peligro su propia salvación, pues la pérdida de una sola alma es daño tan grande que no hay discurso que pueda explicarlo. Si su salvación es de tal precio que por ella el Hijo de Dios se hizo hombre y padeció grandes sufrimientos, piensa cuán grave castigo acarreará su pérdida. Si en este mundo quien causa la muerte de otro es reo de muerte, mucho más la merece aquel por quien una alma se condena.

No me objetes que fue el presbítero o el diácono quien pecó: esos pecados caen sobre la cabeza del que los ordena. Otra cosa diré aún. Le acontece a un obispo recibir un clero de hombres ya pervertidos. Duda él sobre el partido que ha de tomar acerca de los pecados pasados. Porque son dos los principios en que ha de basarse: no abandonar al ya perdido y no escandalizar a los demás. ¿Ha de cortarse del clero al perdido? No hay causa determinante. ¿Se le ha de perdonar simplemente? Me dirás qu sí, alegando que al fin y al cabo la culpa es del que lo ordenó. Pero entonces ¿no conviene ordenar al que es malo ni promoverlo a más alto grado? Pero en este caso quedará difamado públicamente como malo. De manera que el obispo peca por este otro camino. Entonces ¿lo promoverá a más alta dignidad? Eso sería mucho peor.

En conclusión, si se han de acercar al episcopado como a un campo de solicitudes, nadie fácilmente lo tomará sobre sí. Y sin embargo, ahora lo anhelamos como si se tratara de una prefectura seglar. Por adquirir gloria y honores ante los hombres, perecemos ante Dios. ¿Qué ganancia se saca de semejantes honores? ¡Cuán claramente se demuestra que son nada! Cuando anhelas el sacerdocio pon en el otro platillo la gehenna; pesa la cuenta que allá tienes que dar. Pon en el platillo una vida libre de cuidados y un mejor medido castigo. Si pecas como un particular nada de eso padecerás; pero si como sacerdote, has perecido.

Considera cuán graves padecimientos soportó Moisés, cuántas



buenas obras llevó a cabo. Y sin embargo, por una falta que cometió fue duramente castigado. Y con razón, pues fue con pérdida de muchos otros. Sufrió un castigo mayor no porque el pecado fuera público, sino por ser de un sacerdote. No se nos castiga igualmente por los pecados públicos que por los ocultos. El pecado en sí es el mismo; pero el castigo no. Más aún, el pecado mismo no es igual, ya que no es lo mismo pecar ocultamente que atreverse a pecar en público.

Pero el obispo no puede pecar ocultamente. Deseable sería para él no pecar y verse libre de recriminaciones; pero eso está muy lejos. Si se irrita, si se ríe, si se entrega al sueño para descansar, muchos lo cargan de injurias, muchos se escandalizan, muchos le ponen leyes, muchos añoran a los prelados anteriores y se mofan del presente; y no lo hacen con ánimo de alabar a aquellos, sino por el gusto de morder al actual, y por eso traen a colación a los coepiscopos y a los presbíteros. Es ésta, dicen, una guerra dulce para los inexpertos. Eso se puede repetir ahora. Más aún, lo repetimos antes de entablar el combate. Pero cuando ya entramos en él, muchos nos desconocen. Porque el combate ya no es contra los que oprimen a los pobres ni para defender la grey, sino que, a la manera de los pastores de que habla Ezequiel (XXIV, 2), matamos y devoramos ovejas. ¿Quién de nosotros muestra por el rebaño de Cristo tanto cuidado como Jacob por el de Labán? ¿Quién puede hablar de aquellas heladas sufridas durante la noche?

No me hables de desvelos y de tantos más cuántos cuidados. Todo va al contrario. Prefectos y cónsules no disfrutaban de tan grande honor como el que preside la Iglesia. Si entra al palacio real ¿quién es el primero a quien el rey recibe? Si va a las mansiones de las matronas o a las casas de los primates, nadie se le antepone. Todo se ha echado a perder; todo está corrompido. No digo esto por avergonzaros, sino para reprimir vuestra codicia. ¿De quién que sea consciente echarás mano si por ti mismo o por un intermediario ambicionas la dignidad episcopal? ¿Con qué ojos mirarás al que fue tu cómplice? ¿Qué podrás proferir en tu defensa? Quien contra su voluntad se haya visto obligado, alguna excusa tiene; aunque de ordinario tampoco éste tiene perdón. Pero en fin: alguna excusa tiene. Piensa en lo que le acometió a Simón Mago. ¿Qué importa que no hayas dado dinero, si en vez de dinero adulaste y maquinaste: *Perezcan tú y tu dinero* <sup>9</sup>; así le dijo Pedro a aquel. A éstos les diría: ¡Perezcan vosotros y vuestra ambición, pues creísteis poseer el don de Dios mediante artificios humanos!

Dirás que nadie hay que tal ambición tenga. ¡Ojalá no lo haya! Yo



por mi parte anhelaría que a ninguno de vosotros tocara esto. Pero ahora, andando delante el discurso, venimos a dar en este punto. Claro es que al hablar contra la avaricia no nos expresamos contra vosotros, ni contra alguno en particular; y ojalá que estos remedios los preparemos en vano. Así lo anhelan los médicos, sin querer otra cosa sino que las medicinas que preparan con tantos trabajos no tengan que usarse. Del mismo modo nosotros anhelamos que nuestras palabras se disipen en el aire por no ser necesarias; que todo se reduzca a meras palabras. Yo me encuentro preparado para soportar cualquier cosa, con tal de que no se siga del callar peligro para las almas.

Yo no creo que alguno, por más ambicioso que sea de la vanagloria, quiera inútilmente hacerse notable y llamar la atención, si no lo obliga la necesidad. Pero, en fin, en ese caso callaremos y omitiremos daros esta doctrina, pues la mejor enseñanza es la que se da con las obras. También los médicos excelentes, aun cuando la enfermedad de sus pacientes les produzca un salario, prefieren ver sanos a sus amigos. Del mismo modo nosotros anhelamos que todos vosotros estéis con salud, pues no queremos ser salvos nosotros y veros a vosotros reprobados. Quisiera yo, a serme posible, presentar ante vosotros de bulto mi caridad para con vosotros: entonces nadie me recriminaría, aun usando yo de ásperos discursos. Puesto que: *Más leales son las heridas de los amigos que los abundantes besos de los enemigos* <sup>10</sup>.

Nada me es más caro que vosotros, ni aun la misma luz. Escogería yo quedar mil veces ciego si con eso pudiera convertir vuestras almas: ¡tanto me es más grata vuestra salvación que la luz! ¿De qué me servirían los rayos del sol, si el dolor por causa vuestra me oscureciera la vista? buena es la luz cuando brilla juntamente con la alegría, mientras que al alma envuelta en amargura le resulta ingrata. Y que no miento ojalá nunca lo veáis por experiencia. Por lo demás, si alguno de vosotros cayera en pecado, presentaos ante mí cuando yo esté dormido. ¡Perezca yo si entonces no me pareciera a los paralíticos, y a los ciegos, según el dicho del profeta!: *Y la luz de mis ojos, ella misma no está conmigo* <sup>11</sup>.

Al fin y al cabo, ¿qué esperanza me queda si vosotros no aprovecháis? ¿Qué tristeza puede sobrevenirme si vosotros vivís preclaramente? Yo me siento ligero y como con alas cuando oigo cualquier buen proceder de vosotros: ¡*Colmad mi gozo!* <sup>12</sup>. Esto es lo único que yo presento a Dios en mi oración: que anhelo vuestro aprovechamien-

to. En lo que yo batallo por adelantarme a todos, es en amaros y abrazaros a todos; pues vosotros sois para mí todo: padre, madre, hermanos e hijos. No penséis que algo de lo que se os dice nace de odio. Yo hablo así procurando vuestra enmienda. Pues dice la Escritura: *El hermano que es ayudado por su hermano es como una ciudad fuerte*<sup>13</sup>.

En consecuencia, no os indignéis. Por mi parte no desprecio vuestras advertencias, pues anhelo que me enmendéis, anhelo aprender de vosotros. Porque todos somos hermanos y uno solo es el Maestro. Y entre hermanos, lo propio es que uno mande y los demás obedezcan. De manera que no lo llevéis a mal, sino procedamos en todo a gloria de Dios. Pues a El se le debe toda la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

## NOTAS

1. Salmo LXVIII, 26.
2. Alusión a Mat. XVIII, 1-5; Marc. IX, 34; IX, 46.
3. Lo que va entre corchetes está totalmente desconectado de lo anterior y parece más bien algún párrafo de otra Homilía intercalado por los copistas.
4. Luc. XXII, 32.
5. Salmo XVIII, 2.
6. Mat. XXVI, 24.
7. Juan I, 40.
8. Para comprender el fuerte rigorismo con que el santo se expresa aquí y en algunos otros pasajes, es necesario recordar lo que ya anotamos en la Introducción general: fue aquella época de sumos desórdenes en el clero –sacerdotes y obispos, seglares y monjes– hasta el punto de andar a veces verdaderas manadas de tales hombres escandalizando.
9. Hechos VIII, 20.
10. Prov. XXVII, 6.
11. Salmo XXVII, 10. El original dice: Señor: todo mi anhelo ante tus ojos, mi gemido no se te oculta.
12. Filip. II, 2.
13. Prov. XVIII, 19.

## HOMILIA IV

*Cuando se llegó el día de Pentecostés se hallaban todos  
reunidos en el mismo lugar. Y se produjo de  
repente un fragor venido del cielo  
(Hechos II, 1-2).*

¿CUÁL ES ESE DÍA DE PENTECOSTÉS? Aquel en que se había de aplicar la hoz a las mieses, aquel en que se comenzaba la recolección de los frutos. ¿Notas la figura? Mira ahora la verdad realizada. Cuando se había ya de poner la hoz de la palabra y recogerse la mies, entonces vuela el Espíritu Santo a la manera de una hoz. Oye a Cristo que dice: *Levantad vuestros ojos, y contemplad los campos ya en sazón para la siega* <sup>1</sup>. Y también: *La mies es mucha y los operarios pocos* <sup>2</sup>. Y fue el quien primero aplicó la hoz. El llevó al cielo las primicias, habiendo tomado nuestra naturaleza. Por eso llama mies a semejante operación.

Dice pues: *Cuando llegó el día de Pentecostés*. Es decir, no antes de la fiesta de Pentecostés, sino en la fiesta misma. Porque convenía que la venida del Espíritu Santo aconteciera en una festividad, para que quienes se habían hallado presentes a la crucifixión, presenciaran también esto otro. *Y se produjo de repente un fragor venido del cielo*. ¿Por qué no se efectuó el suceso sin signos sensibles? Porque si habiéndose llevado a cabo con ellos, todavía decían de los Apóstoles: *Están llenos de mosto*, ¿qué habrían dicho si no se hubiera llevado a cabo así?

Y el fragor no se produjo simplemente, sino: *Viniendo del cielo*. Por haber sido repentino les excitó la atención. *Y llenó toda la casa*. Declara la gran vehemencia del Espíritu Santo. Atiende. Los reunió a todos allí para que los presentes creyeran y los Apóstoles aparecieran honrados y dignos. Pero no sólo dice esto, sino que añade algo más escalofriante aún: *Y vieron aparecer lenguas como de fuego que se distribuían y posaban sobre cada uno de ellos*. Con insistencia se



añade en cada caso esa partícula *como* para que no pienses en nada sensible acerca del Espíritu Santo. Dice: *Como de fuego*; y, *como sopro*. De modo que no era un simple sopro extendido por el aire.

Cuando el Espíritu Santo hubo de aparecerse al Bautista, bajó a la cabeza de Cristo en forma de paloma; pero ahora, pues se trataba de la conversión de toda la multitud, vino en forma de fuego. Y *se posó sobre cada uno de ellos*; es decir permaneció, descansó en cada uno. Porque posarse significa permanecer, estar permanentemente. Pero ¿qué? ¿Vino únicamente a los Doce y no a los demás? De ninguna manera, sino que bajó a todos los ciento veinte. Pues no sin motivo Pedro trajo el testimonio del profeta que dice: *Y sucederá en los últimos tiempos, dice el Señor Dios, derramaré mi Espíritu sobre toda carne. Y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y vuestros adolescentes tendrán visiones y vuestros ancianos tendrán revelaciones en sueños*. Advierte cómo el Señor Dios vino en Espíritu Santo y en fuego, no únicamente para excitar a los discípulos, sino además para llenarlos de su gracia. Porque dice: *Se llenaron todos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar lenguas diversas*; según los impulsaba a prorrumpir el Espíritu Santo. No recibieron otra señal, sino esta primera por ser del todo nueva y porque así no se necesitaba de otra.

*Y se posó sobre cada uno de ellos*. Luego también sobre aquel que no fue elegido en lugar de Judas. De manera que ya no se duele de no haber sido electo como lo fue Matías. *Y se llenaron todos del Espíritu Santo*. No simplemente recibieron la Gracia del Espíritu Santo, sino que quedaron llenos. *Y comenzaron a hablar lenguas diversas según los impulsaba a prorrumpir el Espíritu Santo*. No habría dicho *todos*, aun estando presentes los Apóstoles, si no hubieran participado de ese don todos los demás. Pues antes los contó por sus nombres, ahora no los uniría con los demás en la recepción si no lo hubieran recibido. Si cuando bastaba con decir que estaban presentes los Apóstoles, enumeró por sus nombres a los otros, con mayor razón ahora los habría discriminado.

Advierte cómo viene el Espíritu Santo mientras perseveran en la oración y guardan la mutua caridad. Cuando dice: *Como de fuego*, les trae a la memoria otra visión. Pues como fuego se apareció a Moisés en la zarza. *Según los impulsaba el Espíritu Santo a prorrumpir*. Porque sus expresiones eran como sentencias breves. *Residían entonces en Jerusalén, judíos piadosos procedentes de todas las naciones que hay bajo el cielo. Y cuando se produjo aquel fuego se congregó*

un gran gentío y quedaron desconcertados. Como el suceso tenía lugar en el interior de la casa, con razón acudían los que estaban allá afuera. Y quedaron desconcertados. ¿Qué significa desconcertados? Es decir, turbados, admirados.

Explicando esa turbación, continúa: *Porque cada uno de ellos los oía hablar en su propia lengua. Fuera de sí y maravillados, decían: ¡Ved! ¿Acaso todos esos que hablan no son galileos?* La multitud se fija inmediatamente en los Apóstoles: *¿Como es, pues, que los oímos hablar cada uno en nuestra lengua patria? Partos y medos y elamitas y pobladores de Judea y Mesopotamia, Ponto y Asia, Frigia y Panfília, Egipto y las regiones de Libia sita cerca de Cirene, como también los peregrinos romanos, así judíos como prosélitos, cretenses y árabes: todos los oímos proclamar en nuestras propias lenguas las magnificencias de Dios. Y estaban todos desconcertados y se admiraban y se decían unos a otros: ¿Qué puede significar esto?*

¿Adviertes cómo concurren de Oriente y de Occidente? *Pero otros decían: Están llenos de mosto. ¡Oh locura! ¡oh perversidad suma!* No era entonces tiempo de la vendimia, puesto que era el día de Pentecostés. Y lo que es más grave, confesando todos el milagro, romanos y prosélitos, y quizá aun algunos de los que habían crucificado a Jesús, esos algunos, a pesar de los múltiples milagros, todavía aseveran: *Están llenos de mosto.* Pero repitamos lo ya dicho. Dice: *Llenó toda la casa.* Fue el Espíritu Santo a la manera de una piscina. Por otra parte, el fuego significa abundancia y vehemencia. Nada de esto sucedió a los profetas; pero ahora acontece a éstos de este modo y a los profetas de otro.

A Ezequiel se le dio un pequeño rollo y comió lo que había de decir. Y dice la Escritura: *Y fue en su boca dulce como la miel* <sup>3</sup>. La mano de Dios tocó la lengua de otro profeta. Pero en nuestro caso, es el Espíritu Santo en persona. Es pues igual en honor al Padre y al Hijo. Y en otra parte, poco antes, dice: *Lamentaciones y gemidos y ayes.* Con razón a los profetas se les daba el Espíritu en un libro, pues necesitaban de semejanzas y símbolos y tenían que tratar con una sola nación, y ésta era la suya propia. En cambio los discípulos tenían que tratar con el orbe todo y con gentes que no conocían.

Eliseo recibió la gracia y don mediante el palio de pelos de cabra; otro, David, mediante el óleo; Moisés fue llamado mediante el fuego de la zarza. Pero aquí las cosas van por otros caminos. El fuego mismo se posa. Mas ¿por qué el fuego no apareció en forma tal que

llenara toda la casa? Porque se habrían aterrorizado. ¡Bien está! Y sin embargo la Escritura dice que sí se aterrorizaron. Respondo: no atiendas a que dice: *Aparecieron lenguas distribuidas*, sino considera que eran de fuego. Un poco de fuego puede incendiar una selva inmensa. Y con razón dice *distribuidas*, pues venían todas de una misma raíz, para que así conozcas que la fuerza para obrar les fue enviada por el Paráclito.

Advierte cómo primero se les preparó y luego recibieron el Espíritu Santo, como sucedió con David. Pues lo que éste había hecho en los rediles, eso hizo después de la victoria y el trofeo, para que quedara en claro su fe <sup>4</sup>. Considera de nuevo a Moisés, el cual despreciaba los palacios reales y ya de cuarenta años fue a gobernar a la nación. Y a Samuel, que hubo de ser educado en el templo. Y a Eliseo, que lo dejó todo. Y lo mismo a Ezequiel. Y que en realidad se les diera esa preparación, se ve por lo que siguió, pues todos éstos lo abandonaron todo. Y con esta condición reciben luego el Espíritu Santo, o sea una vez que han demostrado su virtud. Habían experimentado la humana fragilidad en lo que habían padecido; habían experimentado que no en vano habían vivido virtuosamente. También Pablo, tras de recibir el testimonio de ser varón probó, participó del Espíritu Santo. Pero nadie lo recibió como lo recibiera ahora los discípulos; ni aun Moisés, que fue superior a los profetas. Pues cuando convenía que los demás se convirtieran en varones espirituales fue menospreciado por ellos.

Acá no sucede así, sino que, a la manera que alguno enciende de un fuego cuantas lámparas quiere y no por eso el fuego se disminuye, así les aconteció a los Apóstoles. Es que por el fuego no se significa únicamente la abundancia de gracias, sino que así cada uno recibía como una fuente el Espíritu Santo, según dijo Cristo: que quienes creyeran recibirían una fuente de agua que salta a la vida eterna. Razonablemente, pues no iban a disputar con el Faraón, sino que iban a combatir con el demonio. Y lo que es más admirable, fueron enviados y no se resistieron, ni dijeron ser de voz débil ni tartamudos. Ya Moisés los había instruido en eso. No alegaron su poca edad, pues Jeremías los había enseñado. Habían oído que les anunciaban cosas terribles y peores con mucho que a aquellos otros y sin embargo no se atrevieron a contradecir. Por donde se ve que eran ellos ángeles de luz y ministros de las cosas celestiales.

Y estando los Apóstoles acá en la tierra, no se les apareció ningún ser celestial, sino que una vez que Cristo Hombre ascendió a los



Cielos, vino del Cielo el Espíritu Santo *como un viento vehemente que de arriba venía*, dice. Con esto declaraba que nada podría resistirles y que los enemigos serían disipados como el viento esparce el polvo de la tierra. *Y llenó toda la casa*. La casa era símbolo del mundo. *Y se posó sobre cada uno de ellos. Y se congregó gran gentío. Y estaban desconcertados*. ¿Adviertes su piedad y cómo de pronto nada dicen, sino que dudan? Pero los preversos se burlan y dicen: *Están llenos de mosto*.

Como según la Ley podían presentarse en el templo tres veces en el año, sucedió que estuvieran allí varones religiosos de todas las naciones. Advierte cómo el autor no los adula. Porque no dice qué fue lo que dijeron, sino únicamente asegura: *Luego que se produjo aquel fragor se congregó una gran multitud y quedaron todos desconcertados*. Con razón, pues creían llegado el fin a causa del crimen cometido contra Cristo. Por otra parte, la conciencia los perturbaba, pues la muerte de Cristo estaba como quien dice aún entre las manos, de manera que todo los aterrizaba.

Y dicen: *¡Mirad! ¿Acaso esos que hablan no son todos galileos?* Con razón lo afirman, puesto que todos confesaban ser galileos. En tal forma los aterrizaba el fragor. Habían confluído hacia la cosa de gran parte del orbe. Y lo que más confortaba a los Apóstoles era que ignorándolo ellos hablaban en el idioma de los partos; y sabían que lo hablaban por testimonio de los mismos partos. Y enumera naciones enemigas, como eran cretenses, árabes, egipcios y persas, declarando con esto que a los Apóstoles se sujetarían todos aquellos.

Como en ese tiempo estaban dominados los judíos, es verosímil que hubiera allí muchos gentiles; y también porque ya se hubieran esparcido las verdades religiosas hasta entre los gentiles. Habría allí muchos que recordarían esas verdades ya oídas. De modo que el testimonio por todos lados era fidedigno e incontrovertible, dado por ciudadanos, extranjeros y prosélitos. *Les hemos oído proclamar en nuestras propias lenguas las magnificencias de Dios*. Porque no hablaban los Apóstoles cosas ordinarias, sino admirables. Con razón estaban desconcertados y dudosos, pues un fenómeno así nunca se había producido.

Advierte la rectitud de aquellos hombres. Estaban desconcertados y dudosos y decían: *¿Qué puede significar esto?* Pero otros, en son de burla, decían: *Estos están llenos de mosto*. ¡Oh imprudencia! Ni era cosa admirable el que así se burlaran, pues del Señor mismo que

arrojaba los demonios afirmaban ser un poseso. Por todas partes se manifestaba la petulancia y no buscaban sino una sola cosa: no el hablar conforme a razón, sino cuanto les venía a la boca. *Están llenos de mosto*. En verdad que sí, puesto que se atreven a hablar tales magnificencias de Dios unos hombres puestos en tan graves peligros y que están temiendo la muerte y llenos de tan grave temor.

Pero advierte cómo, no siendo verosímil semejante afirmación, para imponerla a sus oyentes aquellos burladores y demostrar que los discípulos están ebrios, todo lo refieren al modo con que estos proceden y hablan, y así dicen: *Están llenos de mosto. Entonces Pedro, puesto de pie en medio de los Once, levantó la voz y les dijo*. Viste antes su prudencia en elegir; advierte ahora su fortaleza. Estando los oyentes estupefactos y admirados ¿acaso no resulta también admirable que un hombre ignorante y sin letras pueda prorrumpir en un discurso, colocado él en medio de tan ingente multitud? Si de ordinario cualquiera se turba al tener que hablar ante sus familiares, mucho más se turbará al hablar ante enemigos que respiran muertes. Y al punto con la voz misma demostró que no estaban ebrios, ni arrebatados del furor propio de los vaticinantes paganos ni bajo el influjo de fuerza alguna extraña. Pero ¿qué significa: *Con los Once*? Que todos hablaban por boca de Pedro y era él como boca de todos. Están ahí todos los Once confirmando con su testimonio lo que dice Pedro.

Dice: *Levantó su voz*, o sea que habló con suma confianza. Lo hizo así para que conocieran la fuerza y don del Espíritu Santo. El que no había afrontado la pregunta de una vil muchacha ahora, en medio de aquel gentío, cuando todos respiraban muertes, habla con tan grande confianza que esto se convierte en una incontrovertible prueba de la Resurrección. Porque Pedro, en medio de hombres burladores y que en tal forma se mofan, habla tan confiadamente. Ahora comprendes con cuánta petulancia, con cuánta impiedad, con cuánta impudencia achacan a embriaguez aquel admirable don de lenguas.

Pero nada de eso perturbó a los Apóstoles, ni por aquellas burlas se tornaron más tímidos. Transformados con la venida del Espíritu Santo, eran ya superiores a todo lo corpóreo; pues del Espíritu Santo es propio hacer de hombres de barro hombres de oro. Considera a Pedro y examina a ese Apóstol tímido y aun ignorante; y cómo dijo Cristo: *¿Tampoco vosotros comprendéis aún?*<sup>5</sup> y que después de aquella confesión admirable se le llamó satán. Considera además la concordia de los Apóstoles y cómo cedieron a Pedro el ministerio de la palabra, pues no convenía que hablaran todos a la vez.

Dice: *Y levantó su voz*, y les habló con suma confianza. Esto es lo propio de un varón espiritual. Hagámonos nosotros dignos de la Gracia celeste y todo nos resultará fácil. Así como un hombre encendido en fuego, si cae entre pajas no sufre mal alguno, sino más bien él las enciende; puesto que él nada malo padece, sino que quienes se le oponen a sí mismos se pierden, así sucedió acá. O mejor aún, como si un hombre que lleva fuego lucha contra otro que lleva heno, así los Apóstoles acometieron con gran fortaleza a la multitud aquella. Y ¿en qué los dañó turba tan grande? Dime: ¿acaso no luchaban con la escasez y con el hambre? ¿acaso no con la ignominia y las afrentas? Porque se les creía embaucadores.

¿Acaso no estaban expuestos a las risas y a las burlas de los que se hallaban presentes? Pues de ambas cosas eran blanco: unos se reían de ellos y otros se burlaban y se mofaban de ellos. ¿No estaban expuestos al furor y la locura de íntegras ciudades y a toda clase de sediciones y asechanzas? ¿No lo estaban al fuego y al hierro y a las fieras? ¿No los oprimían las guerras de todas partes, guerras sin cuento? ¿Acaso no se portaban ellos, al contemplar todo aquel conjunto afflictivo, como si lo vieran en sueños o en pintura? Y ¿qué sucedió? ¿Acaso no vencieron ellos tales furores? ¿Acaso no retacharon contra los perseguidores las angustias y aflicciones? ¿Acaso no se hallaban los perseguidos poseídos, más que nadie, juntamente de furor y de miedo? ¿Acaso éstos no andaban angustiados, temerosos y temblando? Oyelos cómo dicen: *Queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de este hombre* <sup>6</sup>.

Y lo que resulta admirable es que los Apóstoles salen inermes al combate en todas partes contra adversarios armados, contra príncipes y potestades que tenían poder sobre ellos, y siendo ellos inhábiles. Sin facilidad de palabra e ignorantes, acosaban y urgían en el combate a los charlatanes, embaucadores, abundantes sofistas y retóricos, filósofos corrompidos de la Academia y el Peripato. Y aquel que siempre había vivido en las orillas de un lago, en tal forma los derrotó, como si peleara contra peces mudos: porque verdaderamente los superó como el pescador a los peces.

Delante de él enmudeció aquel Platón que tantas ineptias había dicho, mientras que Pedro habla a partos, medos, elamitas, indos; y predica por toda la tierra y hasta los confines del orbe. ¿Dónde está ahora el famoso prestigio de Grecia? ¿Dónde el renombre de Atenas? ¿Dónde los delirios de los filósofos? Pedro el de Galilea, el de Betsai-



da, el rústico, a todos esos los ha vencido. Yo pregunto: ¿No os avergonzáis aun de lo humilde de la patria de quien os ha vencido? Si escucháis su nombre y sabéis que se llama Cefas, mucho más os avergonzaréis. Esto fue, lo repito, esto fue lo que os perdió: el tener por afrenta la sencillez y por laudable la elocuencia. No os acercasteis por la senda que convenía sino que, habiendo abandonado la que era regia, fácil, escombrada, echasteis por la otra, áspera, llena de precipicios y difícil. Por tal motivo no llegasteis al Reino de los Cielos.

Entonces ¿qué? preguntarás: ¿por qué no tuvo Cristo virtud sobre Platón y Pitágoras? Porque la mente de Pedro era mucho más apta para comprender la Virtud que la de esos otros. Estos eran como niños, vueltos siempre al aura de la vanagloria, mientras que Pedro era un hombre de virtud capaz del don del Espíritu Santo. Si al oír esto te ríes no es maravilla; también en aquel tiempo se mofaban de los Apóstoles y decían que estaban llenos de mosto. En cambio, más tarde, cuando ellos sufrieron las acerbísimas crueldades y vieron su ciudad cautiva y las llamas y los muros derruidos y aquellas desgracias que nadie es capaz de contar, entonces no se mofaron.

Tampoco vosotros reiréis cuando llegue el día del juicio y se encienda el fuego de la gehena. Mas ¿para qué hablo de lo futuro? ¿Quieres que te ponga delante quién sea Pedro y quién Platón? Si te parece examinemos sus costumbres y veamos lo que cada uno hizo. Platón gastó su vida en enseñanzas inútiles y vacías. Porque ¿de qué sirve saber si el alma del filósofo se convierte en mosca? Verdaderamente la mosca no es algo que se cambió en mosca\* sino que Ila se metió en el alma de Platón.

¿Habrá bagatelas que a éstas puedan compararse? ¿A quién se le ocurren semejantes charlas vanas? Era Platón un hombre repleto de preguntas que fingían ignorancia y padecía celos de grandeza para con todos. Como si se empeñara en aportar nada útil de sí ni de otros, tomó de otro de la transmigración, y de suyo trajo lo de su República, en la que propuso leyes repletas de torpezas. Así ordena, que las mujeres sean comunes, que las vírgenes se ejerciten en la palestra desnudas delante de sus amantes y que sean comunes padres e hijos. ¿A qué locura no aventajan semejantes leyes? Y esto es lo que se refiere a Platón.

En cambio, en aquel otro no hace la naturaleza comunes los padres, sino la virtud; porque la filosofía de Pedro desterró esa ley de Platón. Este no hacía otra cosa sino lograr que se ignorara cuál era el

padre de los hijos y en cambio se reconociera a quien no lo era; de modo que lanzaba a las almas a cierta embriaguez y a un verdadero estercolero. Que todos, dice, usen indistinta y audazmente de las mujeres.

Y no examino ahora las ficciones de los poetas, para que no vaya a decir alguno que ando explorando fábulas; sino que traigo al medio otras fábulas más ridículas que las de los poetas. ¿Dónde encontraron los poetas algo tan extraño como lo dicho? Porque Platón, que era tenido como el príncipe de los filósofos, armó a las mujeres y les puso cascotes y grebas y afirma que el linaje de los hombres en nada difiere del de los canes. Y pues entre perros el macho y la hembra son comunes, que también deben serlo las mujeres, con lo que todo el orden se pervierte.

En todo tiempo el diablo ha procurado, mediante las mujeres, demostrar que nuestro linaje no es de más elevada categoría y nobleza que el de los brutos; y algunos de esos filósofos han llegado a establecer sentencias tan absurdas y vanas que afirmaron tener entendimiento y razón los brutos animales. Advierte en cuán variadas formas se ha desenfrenado furiosamente el demonio en las almas de esos filósofos. Los principales de entre ellos sostuvieron que nuestras almas se transforman en moscas, canes y otros animales brutos. Sus discípulos, avergonzados de eso, dieron en otra torpeza, pues hicieron partícipes a todo conocimiento racional a los brutos, y se dedicaron a probar que todas las criaturas, que para nuestro bien fueron hechas, son más excelentes que nosotros.

Y no se detuvieron aquí, sino que les atribuyeron presciencia y piedad. Afirman que el cuervo conoce a Dios, lo mismo que la corneja; y que ambos poseen el carisma de la profecía y predicen lo que va a suceder. Según Platón, de entre esos animales es el perro el que tiene justicia, república, leyes, envidias. ¿No dais crédito a mis palabras? ¡Con razón! pues habéis sido educados en los dogmas verdaderos. A la verdad, cualquiera que con semejante manjar se haya alimentado, jamás creerá que haya hombres que gustosos se nutran de estiércol.

Y cuando les decimos que todo eso es fábula y está lleno de necedades, nos responden: ¡No lo entendéis! ¡Ojalá nunca entendamos cosas tan ridículas! En realidad no se necesita un gran talento para comprender lo que significa tamaña impiedad y confusión. Pero ¿acaso habláis, oh necios, al modo de los cuervos y como lo hacen los niños? Porque sois vosotros tan niños como esos.

Nada semejante dijo Pedro, sino que lanzó una voz que a la manera de una luz colocada en mitad de las tinieblas disipa la oscuridad del orbe. Y por lo que hace a sus costumbres ¡cuán mansos, cuán humanos, cuán ajenos a toda vanagloria eran los Apóstoles; y cómo miraba Pedro al cielo, sin soberbia alguna, aun cuando resucitara muertos! Si a cualquiera de esos necios le hubiera acontecido, aunque sólo fuera en imaginación y en fantasmas, algo semejante, ¿acaso no habría al punto exigido altares y templos y ser tenido como igual a Dios, siendo así que muchos, sin hacer ninguno de tales prodigios, se han imaginado ser dioses? ¿Qué significan entre esos Atena, Apolo, Hera? Son un género de daimones; y hay entre ellos un rey que ansía la muerte con tal de que se le tenga por igual a los dioses.

No proceden así los Apóstoles, sino enteramente al contrario. Oye cómo exclaman tras de haber dado la salud a un cojo: *Varones israelitas ¿por qué fijáis los ojos en nosotros cual si con nuestro poder o santidad hubiéramos hecho andar a éste?* <sup>7</sup> Y también en otro sitio: *Nosotros somos semejantes a vosotros, hombres mortales y pasibles* <sup>8</sup>. En cambio, acá, entre aquellos filósofos, hay mucha ostentación, mucha arrogancia, pues todo lo hacían siempre mirando a los honores humanos y nada en vista de la práctica de la virtud. Es porque cuando se trata de la vanagloria, todo es bajeza; por lo cual, si alguno no la consigue, abandona toda virtud, apremiado y encadenado por esa otra enfermedad mucho más violenta y vergonzosa.

El desprecio de la vanagloria es idóneo para enseñar toda clase de bienes y para echar del alma cualquiera pasión perniciosa. Por lo mismo, os ruego con sumo empeño que desarraiguéis esa enfermedad. No hay oro camino para hacernos aceptos a Dios y atraer sobre nosotros la benevolencia de ese Divino Ojo insomne. Pongamos, pues, todo empeño en disfrutar de aquel don celestial. Así huiremos de los males presentes y alcanzaremos los bienes futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre, en unión del Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.



## NOTAS

1. Juan IV, 35.
2. Luc. X, 2.
3. Ezeq. III, 3.
4. Pensamiento algo oscuro. Parece decir el santo que la vida de pastor fue para David preparación para la de profeta; y que así como allá pastoreaba el ganado y vencía los leones, así, ya rey, pastoreaba al pueblo y vencía a los enemigos.
5. Mat. XV, 16.
6. Hechos V, 28.
- \* Así dice la traducción, que creemos equivocada, sin poder corregirla por haber muerto el traductor y carecer nosotros del original griego
7. Hechos III, 12.
8. Hechos XIV, 14.

## HOMILIA V

*Varones judíos, habitantes todos de Jerusalén: Tened bien entendido  
y prestad atención a mis palabras*  
(Hechos II, 14)

HABLA PEDRO a los que antes llamó extranjeros. Y en apariencia, se dirige a ellos; pero en realidad corrige a los que se burlaban. Porque sucedió por divina disposición que algunos se mofaran; y por aquí comenzara Pedro la defensa, y mediante ésta expusiera la doctrina. Creían ellos serles el sumo de la bienandanza el habitar en Jerusalén. Pues bien, a éstos se dirige Pedro diciendo: *Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras*. Comienza por hacerlos atentos y en seguida prepara la defensa.

*Porque no están éstos ebrios, como vosotros sospecháis.* ¿Advier-te la gran mansedumbre en la defensa? Aunque tenía Pedro de su parte a la multitud, sin embargo habla con éstos con especial mansedumbre. Desde luego rechaza la mala sospecha y establece la defensa. Por otra parte, no les dice: como vosotros os mofáis o también os burláis; sino: *Como vosotros sospecháis*, queriendo significar que ellos no hablan en serio; de modo que más los argüía de ignorancia que de malicia. *Porque no están ebrios, como vosotros sospecháis, pues sólo es la hora tercera del día.*

¿Por qué dice esto? ¿Acaso no podían en la hora tercera embriagarse? Sí podían. Pero Pedro no insiste mucho en eso, puesto que los discípulos no se comportaban como decían sus burladores. Aprendamos de aquí cómo en lo que no es necesario no debemos alargarnos en palabras. Por otra parte, confirma esto mismo lo que sigue. Pues finalmente Pedro endereza su discurso a todos. *Sino que se está cumpliendo lo predicho por el profeta Joel: Y sucederá en los últimos tiempos, dice el Señor Dios.* Aún no se menciona ni el nombre ni la

promesa de Cristo, sino sólo al Padre. Advierte la prudencia. No entra Pedro inmediatamente en lo referente a Cristo, o sea que El había prometido esta manifestación, después de haber sido crucificado. Si hubiera dicho eso, todo lo habría echado a rodar.

Dirás que podían los Apóstoles demostrar la divinidad de Cristo. Ciertamente sí, si se les hubiera dado crédito; pero precisamente era esto lo primero que se buscaba. Y faltando ese crédito a lo que decían, habrían sido lapidados. *Derramaré mi espíritu en toda carne*. Así les da buenas esperanzas, con tal de que ellos quieran. Pero tampoco se las da excesivas, cosa que habría causado envidia: por este medio la evita. *Y profetizarán vuestros hijos*. Es decir: no es para vosotros este don excelente, ni es alabanza vuestra, sino que ese don pasa a vuestros hijos. Llama a los discípulos hijos de ellos y a ellos los llama padres.

*Y vuestros adolescentes tendrán visiones y vuestros ancianos revelaciones en sueños. Ciertamente sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días mi Espíritu, y profetizarán*. De paso hacer ver que ellos están en lo seguro, pues se les ha conferido el Espíritu Santo; al revés de la multitud, que no lo ha recibido, por haber crucificado a Cristo. Es el mismo motivo que trajo Cristo para aplacarlos cuando les dijo: *Vuestros hijos ¿en nombre de quién echan los demonios?* <sup>1</sup> Cristo no les dijo: Mis discípulos, pues habría parecido que los adulaba. El mismo Pedro no dijo que ellos no estaban ebrios, sino que hablaban por el Espíritu Santo. Ni lo dijo así simplemente, sino que acudió al profeta; y apoyado en éste procede con gran fortaleza. Así los libró de la acusación; pero trajo al profeta como testigo del don que ellos habían recibido.

*Derramaré mi espíritu sobre toda carne*. Dijo esto porque en unos el don se difundió por visiones en sueños y en otros abiertamente. También los profetas vieron por ensueños y recibieron revelaciones. Luego continúa Pedro con la profecía, que por cierto contiene algo temible. Porque dice: *Y obraré prodigios arriba en el cielo, y milagros abajo en la tierra*. Advierte cómo describe la destrucción de la ciudad. *El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre*. Expresa con estas imágenes lo que sufrirán los pacientes. Pero además se cuentan muchas visiones aparecidas en el cielo, como lo testifica Josefo. Por lo demás los atemoriza con el recuerdo de las tinieblas que ya habían sucedido en la crucifixión y los hace concebir expectación sobre lo que vendrá.

*Antes de que llegue el día del Señor, día grande y preclaro.* Como si les dijera: No porque ahora impunemente hayáis pecado, os confiéis. Porque esto no es sino el prenuncio de un día grande y temible. ¿Adviertes cómo conmueve sus ánimos y convierte las mofas en excusas? Pues si esto no es otra cosa que el proemio de ese día grande, se sigue que el peligro de penas extremas es ya inminente. Y ¿qué? ¿Continúa acaso Pedro hablando de cosas terribles? ¡De ningún modo! ¿Qué hace, pues? Nuevamente les concede un respiro y les dice: *Y sucederá que todo el que invoque al Señor se salvará* <sup>2</sup>. Esto se dijo aludiendo a Cristo, como lo afirma Pablo (Rom. X, 13). Pero Pedro no se atreve a descubrirlo manifiestamente.

Mas comencemos de nuevo, repitiendo lo dicho. Justamente acomete Pedro en cierta forma a los que se reían y mofaban, diciendo: *Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras.* Y comienza: *Varones judíos.* Pienso que llama judíos a los que habitaban en Judea. Y si os place traigamos al medio aquel paso del Evangelio en las negaciones, para que veáis el cambio repentino de Pedro: Salió una muchacha diciendo: *También tú estabas con Jesús el Nazareno.* Y él respondió: *No conozco a ese hombre.* Y preguntado de nuevo, comenzó a aseverar con imprecaciones y juramentos <sup>3</sup>. Mira en cambio ahora su confianza y plena franqueza para hablar. No alabó a los que testificaban y decían: *Los hemos oído hablar en nuestras propias lenguas las magnificencias de Dios.* Se muestra grave en sus palabras, con la misma gravedad con que habló a los burladores, con el objeto de hacer también a los demás atentos y prontos a escuchar y demostrando estar lejos de toda adulación. Porque esto hay que advertirlo continuamente, o sea cómo aun cuando hable con mansedumbre, sin embargo su discurso está ajeno tanto a las adulaciones como a las injurias.

Y no sin motivo providencialmente sucedió esto en la hora tercera del día. Pues al tiempo en que se deja ver el esplendor de la luz solar, los hombres no se preocupan de tomar alimento, y el día se muestra alegre, y todos se reúnen en la plaza. ¿Observas cómo el discurso rebosa de libertad? Y *prestad atención a mis palabras.* Dicho esto, nada añadió de lo suyo propio, sino que continuó: *Se está cumpliendo lo predicho por el profeta Joel: Y sucederá en los últimos días.* Deja entender que está ya pronta la consumación venidera. De modo que la expresión: *En los últimos días* tiene cierto énfasis. Y luego, para que no se crea que esto sólo toca a los hijos, añade: *Y vuestros ancianos tendrán revelaciones en sueños.*



Advierte el orden. Primero los hijos, como dice también David: *En lugar de tus padres, tendrás hijos* <sup>4</sup>. Y dice también la Escritura: *El que convierte los corazones de los padres hacia los hijos* <sup>5</sup>. Y sobre mis siervos y mis siervas. Esto es un indicio de su virtud, pues una vez liberados de los pecados hemos sido hechos sus siervos. Grande es este don, puesto que el carisma se derrama también en el otro sexo; y no en sólo alguna que otra mujer, como en Débora y en Olda. Y no dijo Pedro que se trataba del Espíritu Santo, ni explicó las palabras del profeta, sino que dejó que la profecía por sí misma arguyera.

Tampoco dice una palabra acerca de Judas, pues todos conocían el castigo que había merecido. Calló todo eso porque sabía que nada tenía ante ellos tanta fuerza como hablarles con una profecía: tenía ante ellos más fuerza que las obras mismas. Cuando Cristo obraba milagros con frecuencia lo contradecían. Pero cuando les ponía delante al profeta que dijo: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra* <sup>6</sup>, en tal forma callaron que ya nadie se atrevió a ponerse con El a respuestas en adelante. Y con frecuencia cita las Escrituras, como cuando dice: *Si llamó dioses a aquellos a quienes se dirigió la palabra divina* <sup>7</sup>. En fin, por todas partes se puede comprobar lo mismo.

Por eso dice aquí: *Derramaré mi Espíritu sobre toda carne*. Es decir sobre todas las gentes. Pero todavía Pedro no lo explicita ni lo explica, pues no era conveniente por ser aún cosa oscura. *Obraré prodigios arriba en el cielo*. Esto los atemoriza más por su oscuridad; pero si Pedro lo hubiera explicado, más aún se le habrían opuesto. Lo pasa en silencio como si fuera cosa clara, queriendo dejarlos con esa impresión. Lo explica más adelante al tratar de la Resurrección, de modo que prepara ya el camino para esa explicación. Lo pasa en silencio además porque los bienes nunca fueron suficientes para atraerlos. Lo cierto es que en los castigos anteriores ninguno se escapó, mientras que ahora, bajo Vespasiano, escaparon los fieles. Esto es lo que dice: *Si no se hubieran abreviado aquellos días nadie se habría salvado* <sup>8</sup>. Aconteció primero lo que era más aflictivo, pues primero se cautivó a los habitantes y luego la ciudad fue tomada e incendiada.

Insiste luego en la metáfora y pone ante los ojos de los oyentes la destrucción: *El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre*. ¿Qué significa que la luna se convertirá en sangre? Creo yo que con esto se indica lo extremo de la matanza; y que por lo mismo la expresión se ha pensado de modo de llenar del máximo terror. Y sucederá que todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.

Dice *todos*, ya sea el sacerdote (aunque esto aún no lo explica), ya sea el siervo, ya el libre. *Porque en Cristo Jesús no hay hombres ni mujer, ni siervo ni libre* <sup>9</sup>. Con razón, porque esta diferencia es de acá, en donde todo es sombra.

Si en los palacios reales nadie es noble ni plebeyo, sino que a cada cual los distinguen sus obras; y si en el arte es la obra lo que recomienda al artífice, mucho más será así en aquel futuro estado. *Todo el que invocare*. Que lo invocare, advierte, pero no de cualquier manera. Pues dijo Cristo: *No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!* <sup>10</sup> sino el que lo invocare con fervor, llevando una vida excelente y con la debida confianza. Pedro por de pronto no desagradea con sus palabras; no trata de la fe, pero tampoco calla el terror del castigo. ¿Cómo lo hace? Declarando que la salvación está en la invocación.

Pero ¿qué es lo que dices? ¿Tras el crimen de la crucifixión les hablas de salvación? Espera un poco. La clemencia de Dios es grande, y ella lo manifiesta como Dios, no menos que la Resurrección y los milagros; o sea el que a ellos mismos los llame a la salvación. Lo que es el bien máximo eso es lo propio de Dios. Por eso dice: *Nadie es bueno sino sólo Dios* <sup>11</sup>. Pero no hagamos de su bondad ocasión de negligencia, pues también castiga como Dios. Así procedió el mismo que dijo: *Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo*. Me refiero a la ruina de Jerusalén, a ese intolerable castigo. Y ahora os hablaré algo con referencia a él, lo cual será útil así contra los marcionistas como contra otros muchos herejes.

Dicen éstos que Cristo es un Dios bueno, mientras que el otro es un Dios malo. Veamos quién fue el que obró ese castigo. ¿Fue acaso el Dios malo vengando al Dios bueno? ¡De ninguna manera! Porque entonces ¿cómo sería su adversario? ¿Fue el bueno quien lo obró? Pero se demuestra que lo obraron por igual el Padre y el Hijo. Que lo obró el Padre se declara en muchos pasajes, como cuando dice que enviará sus ejércitos a la viña (Mat. XX, 2). Que lo obró el Hijo, como cuando dice: *En cuanto a estos mis enemigos que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia* <sup>12</sup>. Por lo demás El mismo declara las tribulaciones futuras, entre las cuales ninguna fue jamás tan dura, y El mismo la anunció.

¿Quieres oír cuán graves fueron? Los atravesaron con asadores. ¿Qué hay más horrendo que este espectáculo? ¿Quieres que te refiera la tragedia de aquella mujer que sobrepasó toda desgracia? ¿Quieres que te pinte el hambre y la peste? Pues bien, todavía paso en silencio

cosas más duras. Ignoraban las leyes naturales y el natural parentesco y superaban a las bestias feroces en la crueldad. Todo ello aconteció a causa del furor de la guerra, queriéndolo así Dios, queriéndolo así Cristo. Lo dicho es apto para combatir a los marcionistas y a los que no creen en la existencia de la gehenna, pues tiene fuerza para reprimirles su imprudencia. ¿Acaso estos males no son superiores a los del destierro en Babilonia? ¿No es esta hambre más cruel que aquella? El mismo Cristo así lo afirmó diciendo: *Habrà una tribulación tal como no la hubo nunca ni la habrá* <sup>13</sup>. Entonces ¿cómo dicen algunos que Cristo les perdonó su pecado? Tal vez la pregunta os parezca vulgar y sin peso, pero vosotros mismos podéis contestarla. Nunca podrá nadie presentar como ficción lo que aquello fue en realidad tal como sucedió.

Y si fuera cristiano Josefo que lo describió, tal vez quedaría sospechoso el asunto. Pero siendo judío y muy apegado a las cosas judías, y habiendo vivido después de anunciado el Evangelio, ¿cómo puede ser que los sucesos que narran no sean claros para todos? Porque por todas sus páginas verás que ensalza las cosas de los judíos. De modo que, en conclusión, existe la gehenna y Dios es bondadoso y bueno. ¿No os habéis horrorizado al escuchar ese castigo? Y sin embargo, los pecados que ahora se cometen son más graves y aquellos son nada en su comparación. De nuevo me veo obligado a parecer no grato, molesto, pesado. Pero ¿qué haré? Pues tal es mi oficio. Así como el pedagogo áspero está expuesto al odio de sus discípulos, así también lo estamos nosotros. Pero ¿cómo no sería absurdo que mientras los comisionados reales desempeñan los cargos enojosos que se les han encomendado, nosotros, para que no nos reprendáis, dejáramos de cumplir con nuestro oficio?

Cada cual tiene su deber que ha de cumplir. A muchos de vosotros toca el deber de compadeceros y ser humanos y apacibles para con aquellos que les hacen beneficios. Pero nosotros tenemos que parecer molestos, pesados, duros, desapacibles si hemos de ser provechosos a nuestros súbditos. Porque es un hecho que no los aprovechamos con lo que agrada, sino con lo que mortifica y duele. Lo mismo le sucede al médico. Aunque éste no suele ser tan desagradable, porque rápidamente demuestra lo útil de su arte, mientras que nosotros lo demostraremos en lo futuro. Lo mismo le acontece al juez que para los criminales y alborotadores y sediciosos es aborrecible. Y lo mismo le acontece al legislador, pues a los sujetos a la ley les resulta insufrible.



No les acontece lo mismo a quienes convocan a placeres ni a quien prepara festivales y celebraciones, ni a quien el pueblo corona. Son gratos los que proporcionan al pueblo costosos espectáculos, sin ahorrarse gastos. Por eso el pueblo los colma de encomios; el pueblo agasajado les dispone alfombras, lámparas y coronas, ramos y vestidos espléndidos. Al revés sucede con los enfermos, que a la vista del médico se entristecen. Tampoco los alborotadores y causantes de sediciones se alegran ni exaltan, sino que decaen de ánimo cuando ven al juez, porque se le ha encomendado semejante oficio.

Pero veamos quiénes son los que sobre todo aprovechan a las ciudades: si son por ventura los que semejantes festivales les proporcionan y cenas opíparas y placeres, o más bien los que dejando todo eso a un lado manejan los cepos, los azotes, los verdugos, los fieros soldados, las voces tremendas que sobremana aterra, los sobrestantes, los que obligan a caminar cabizbajos, los que dotados de varas apartan en la plaza a quienes toman asiento. Veamos, repito, cuáles de esas cosas terminan en provecho. Pues quienes esto último hacen no son gratos, mientras que aquellos otros son amables.

¿Cuál es, pues, el provecho que se obtiene de los que al pueblo agradan? Un placer estéril que llega hasta la tarde y al siguiente día se disipa, risotadas descompuestas, palabras indecorosas y disolutas. ¿Cuál es el de los otros? La templanza, el buen temor, el pensar con más moderación y modestia del ánimo, el huir de la pereza, el refrenar las pasiones, y oponer un muro a lo que de fuera nos acomete. Por éstos, cada cual posee lo suyo mientras que con los festines lo dilapidamos sin necesidad de que nos despojen de ello los ladrones, sino nosotros mismos, hechos presa de la vanagloria y del placer. Y es el caso que cada cual ve a este ladrón que lo saquea, y se regocija de ello: ¡nuevo género de robos que persuade gozarse a los mismos a quienes ha despojado!

Nada de eso hay en el primer caso, pues Dios, padre común de todos, ha apartado a los ladrones visibles e invisibles de todos nosotros. Porque dice: *Mirad que no hagáis vuestras limosnas para ser vistos de los hombres* <sup>14</sup>. En este género de cosas, el alma aprende a huir de la injusticia. Porque injusticia es no sólo el adquirir riquezas mediante la rapiña, sino también conceder al vientre más alimento del que necesita y alegrarse más allá de lo conveniente y en fin todo género de desarreglo. De modo que por aquí el alma aprende la castidad; por el otro, la liviandad. Pues liviandad es no únicamente unirse



a la mujer sino también mirarla con ojos lascivos. Acá aprende la modestia; allá la ostentación. Dice Pablo: *todo me es lícito, pero no todo me es conveniente* <sup>15</sup>. Acá aprende la honradez; allá la torpeza.

Y no hablo de lo que aprende en los espectáculos. Que en realidad no se encuentra en ellos el placer es cosa clara. Mostradme al día siguiente de la fiesta a los que derrocharon en gastos, lo mismo que a los invitados, a los espectáculos. Veremos a todos abrumados de tristeza, sobre todo aquel que tuvo que aprontar el desembolso. Y con razón. Se dio a deleitar el día precedente al vulgo que rebosaba alegría, porque disfrutaba de espléndidos vestidos. Pero como no estaban adaptados a sus costumbres, al verse despojado de ellos, se dolía y atormentaba; y el que había aprontado los gastos consideraba su propia felicidad aún más pequeña que la de aquellos. Por eso al día siguiente se devuelven los trajes y el que los tenía sufre un disgusto mayor.

Ahora bien, si las cosas deleitables en lo exterior causan tan graves molestias, y en cambio las enojosas, tan grande utilidad, mayores las causan en lo espiritual. Tal es el motivo de que nadie se irrite contra las leyes, sino que todos piensen que son de común utilidad. Pues no fueron gente extranjera ni peregrinos los que las establecieron, sino ciudadanos, patronos y procuradores del bien común; y tienen como indicio de bienestar y benevolencia que se establezcan leyes. Ahora bien, las leyes están llenas de penas y castigos y no hay ley alguna sin su correspondiente sanción. Entonces ¿cómo no sería el colmo de los absurdos llamar a quienes las instituyen salvadores, benéficos, patrocinadores, y en cambio a nosotros, los que exponemos la ley de Dios, tenernos por duros, pesados y molestos? Cuando hablamos de la gehenna, lo único que hacemos es traer al medio esas leyes. Así como las leyes civiles hablan de los homicidas, los ladrones, los matrimonios, así nosotros hablamos de leyes y castigos, no establecidos por hombre alguno, sino por el mismísimo Hijo de Dios.

Dice El: El inmisericorde sea castigado. Pues eso significa la parábola. El rencoroso pague la pena extrema. El que a la ligera se aíra, sea arrojado al fuego. El que injuria, sea castigado en la gehenna. Y si creéis que estáis oyendo leyes nuevas, no os turbéis, puesto que si Cristo no había de poner leyes nuevas ¿qué objeto tenía su venida? Que el homicida y el adúltero hayan de sufrir castigo, es cosa clara. Pero si habíamos de escuchar eso mismo, ¿qué necesidad había de un nuevo Mestro? Por lo cual dice Cristo no que sólo el adúltero sea

castigado, sino aun el que mira con ojos lascivos, y añade en dónde y cuándo será castigado. Ciertamente que no escribió en tablas sus leyes, ni erigió columnas de bronce en las que se esculpieran sus textos literalmente; pero erigió y levantó las almas de los Apóstoles, y en ellas esculpió, por medio del Espíritu Santo, esas leyes que ahora nosotros con razón explicamos. Si a los judíos les era lícito hacer tales explicaciones para que nadie se disculpara, mucho más lo es a nosotros.

Y si alguno dice: Yo no las escucharé, yo no sufriré juicio alguno, precisamente por eso será muy duramente castigado. Pues si nadie hubiera que se las explicara podría excusarse con eso; pero habiendo maestro, ya no puede. Mira como el Maestro retira el perdón a los judíos diciendo: *Si Yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado* <sup>16</sup>. Y también Pablo: *Pero digo yo: ¿Acaso no han oído? Sobradamente. Resonó por toda la tierra su voz* <sup>17</sup>. El perdón se concede cuando no hay quien predique; pero cuando está el vigilante apostado y cumple con su oficio, ya no hay lugar de perdón.

Pero más aún: no solamente quiso Cristo que miráramos a las dichas columnas, sino que nosotros mismos nos convirtiéramos en columnas. Como nos hemos hecho indignos de portar esculpidas esas leyes, a lo menos volvamos los ojos a las otras columnas, o sea a los Apóstoles. Pues así como las columnas contienen amenazas para los demás, pero no tienen ellas la culpa, como tampoco las leyes, lo mismo sucede con los bienaventurados Apóstoles. Advierte, además, cómo esta columna no permanece fija en un sitio, sino que las letras escritas se llevan a todas partes. Si vamos a los indios, allá oyes su voz; si a España y si a los confines del orbe, nadie hay que no la oiga, a no ser por su propia desidia.

En conclusión, no llevéis a mal lo que se dice, sino atended para que podáis llevar a cabo obras virtuosas y conseguir los bienes eternos en Cristo nuestro Señor, con el cual sean al Padre, en unión con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

## NOTAS

1. Mat. XII, 27.
2. Joel III, 1-5.
3. Mat. XXVI, 69-72 abreviado.
4. Salmo XLIV, 17.
5. Malaq. XIV, 6.
6. Salmo CIX, 1.
7. Juan X, 35.
8. Mat. XXIV, 22. El pensamiento del santo queda oscuro a causa de alusiones que no explica.
9. Gálat. III, 28.
10. Mat. VII, 22.
11. Luc. XVIII, 19.
12. Luc. XIX, 27.
13. Mat. XXIV, 21.
14. Mat. VI, 1.
15. I Cor. VI, 12.
16. Juan XV, 22.
17. Rom. V, 18.

## HOMILIA VI

*Varones israelitas, prestad atención a mis palabras,*  
(Hechos II, 22)

NO ES ADULATORIA esta expresión, sino que como fuertemente los había punzado, ahora se torna más suave y les trae oportunamente a la memoria a David. Y empieza de nuevo como al principio, para que no se turben, pues va a hacer mención de Jesús. Al principio por haber oído al profeta no se perturbaron, mientras que el nombre de Jesús pronunciado inmediatamente los había escandalizado. Y no dijo obedeced, sino: *Prestad atención*, lo que no los molestaba. Advierte cómo no se eleva a las alturas, sino que comienza por cosas más humildes y humanas.

Dice: *A Jesús Nazareno*. Declara desde luego su patria, que parecía ser un pueblo ruin, y luego nada grande dice de Jesús, ni aun lo que otro diría de un profeta. Dice, pues: *A Jesús Nazareno, acreditado por Dios ante vosotros*. Advierte, sin embargo, cuán grande es la realidad de que se diga de Jesús haber sido envidado por Dios. Esto es lo que por todas partes procuraban el Bautista y los Apóstoles demostrar. Oye al Bautista que dice: *El me dijo: Aquel sobre quien vieres descender el Espíritu y reposar sobre El, ese es* <sup>1</sup>. Y lo mismo hace en forma especial Cristo diciendo: *Ciertamente no he venido por mi arbitrio. El me ha envidado* <sup>2</sup>. Y en todas las Escrituras sobre todo de esto se trata.

Por tal motivo, este sagrado príncipe del coro apostólico, amador de Cristo, discípulo ardoroso, al cual se le confiaron las llaves del Reino de los Cielos, a quien se le hizo la espiritual revelación, una vez que hubo reprimido a la turba mediante el temor y les demostró que ellos habían recibido grandes dones haciéndolos de este modo fidedignos, finalmente habla a la turba acerca de Jesús. ¡Válgame el



Cielo! ¿Cómo se atrevió a declarar ante aquellos homicidas que Jesús había resucitado? Pero tampoco lo dijo al punto, sino sólo que había venido de Dios.

Esto era claro por las obras que llevó a cabo. Pero Pedro no les dice que las hiciera Jesús por Sí, sino Dios por su medio, para mejor atraerlos hablando modestamente. Y a ellos mismos los pone por testigos diciendo: *Varón acreditado por Dios ante vosotros con prodigios, milagros y señales que Dios obró por El ante vosotros, como vosotros lo sabéis*. Y como en seguida haga referencia al crimen y pecado de ellos, advierte cuánto se esfuerza en librarlos de culpa en cuanto puede; pues aunque la crucifixión fue determinada por Dios, sin embargo ellos eran homicidas.

Continúa: *A éste vosotros, conforme a la previsión y plan prefijado por Dios, después de entregarlo, crucificándolo por manos de los perversos le disteis muerte*. Usa casi de las mismas palabras con que habló José a sus hermanos: *No temáis, pues no me entregasteis vosotros, sino que Dios me envió acá* <sup>3</sup>. Una vez que les dijo haber sido todo prefijado en el plan de Dios, para que no fueran a decir: Entonces obramos bien, los reprende con lo que sigue: *Crucificándolo por manos de los perversos le disteis muerte*. Alude aquí a Judas y al mismo tiempo les declara que no habrían podido hacerlo ellos si Dios no lo hubiera permitido y Lo hubiera puesto en sus manos.

Porque eso significa la palabra *entregado*. De este modo Pedro hace recaer el crimen todo sobre Judas, que lo entregó. Pues fue éste quien con un beso lo entregó. Y lo mismo entiende Pedro al decir: *por manos de los perversos*; o también se refiere a los soldados, como si insinuara: no le disteis muerte vosotros, sino que murió *a manos de los perversos*. Advierte cómo siempre se apresuran los Apóstoles a confesar antes que nada la Pasión de Cristo. En cambio la Resurrección, como misterio grandioso, apenas lo deja entrever y sólo en cierto modo lo pone delante. Lo hace así porque la crucifixión y la muerte de Jesús eran cosas manifiestas, no así la Resurrección.

Por lo cual continúa: *Al cual Dios resucitó librándolo de las dolorosas cadenas de la muerte, por cuanto era imposible que la muerte lo señoreara*. Con esto deja entender algo muy grande y sublime. Porque la expresión: *Era imposible* significar que el mismo Cristo dio potestad al infierno para que lo retuviera y que la muerte que lo retenía sufrió gravemente acometida de dolores de parto. La Escritura al peligro de muerte lo llama dolor; de manera que Pedro da a enten-

der que de tal manera resucitó Jesús que ya no ha de morir jamás. O también cuando dice: *Porque era imposible que la muerte lo señoreara*, significa que la Resurrección del Señor no fue común y como la de los demás.

A renglón seguido, y antes de que la mente del auditorio se distraiga con otra coas, presenta a David, quien quita de en medio todo humano pensamiento. Continúa: *Pues David, refiriéndose a El, dijo: Tengo al Señor presente ante mis ojos en todo momento. Porque está a mi derecha para que yo no zozobre. Porque no abandonarás mi alma en el Hades. Y al testimonio profético añadió él por su cuenta: Varones humanos. Como va a decir algo muy importante, usa de nuevo esa introducción para excitarlos a atender y atraerlos. Y dice: Seáme permitido decir audazmente ante vosotros acerca del patriarca David.*

¡Humildad grande! Cuando no ha de seguirse algún daño, Pedro habla modestamente. Por lo mismo no asegura: Estas cosas se dijeron de Cristo, y no de David. En lo cual fue prudentísimo, para llevarlos, desde el gran honor en que tenían a David, a reverenciar lo que era manifiesto y parecía decirse con audacia, ablandándolos al mismo tiempo mediante las alabanzas. Por tal motivo no dijo simplemente acerca de David, sino: *Acerca del patriarca David, que murió y fue sepultado*. No añade pero no resucitó; sino que por otro modo correctamente declara lo mismo diciendo: *Y su sepulcro se conserva aún hoy entre nosotros*. Mas a pesar de tanta preparación, ni aún así habla todavía de Cristo, sino que sigue alabando a David: *Como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento*.

Todo lo fue diciendo Pedro con el objeto de que a lo menos por el honor debido a David y a su linaje aceptaran ellos la noticia de la Resurrección; como si la profecía resultara falsa en el caso de que Cristo no hubiera resucitado, y como si en tal caso perdieran ellos algo de su honor. Continúa: *Sabiendo David que Dios con juramento le había prometido*. No dice simplemente que le había prometido, sino lo que era más, o sea: *le prometió con juramento. Que de sus entrañas y fruto de ellas nacería Cristo según la carne, para sentarse en su trono*. Advierte cómo de nuevo deja entender cosas altísimas. Una vez que ya los había aplacado, les trajo el testimonio del profeta confiadamente y les habló de la Resurrección.

*Pues ni fue abandonado en la región de los muertos ni en su carne experimentó la corrupción*. También esto fue admirable, pues declara

que la Resurrección de Cristo no fue como la de los otros. Lo detuvo la muerte, pero no obró en El sus efectos. Les recuerda veladamente su pecado, pero no alude al castigo, sino que únicamente dice con claridad que le habían dado muerte, y pasa en seguida al milagro de Dios. Pero habiendo demostrado tú, oh Pedro, que el que fue muerto era justo y amigo de Dios, aun cuando calles el castigo, el pecador se condenará a sí mismo mucho más de lo que tú lo habrías condenado. De modo que todo lo refiere al Padre, para que acepten lo que les dice.

Pero repitamos ya lo anterior. Les dice: *A Jesús Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros*. Es decir acerca del cual no puede haber duda, pues sus obras lo acreditaron. Y así decía Nicodemo: *Estos prodigios que tú haces nadie puede hacerlos*. Continúa Pedro: *Con prodigios, milagros y señales que Dios obró por El en medio de vosotros*. De modo que no los obró ocultamente, sino en medio de vosotros. Comienza por lo que les era bien conocido; y procede luego a lo que les estaba oculto. Y cuando dice: *Conforme al plan prefijado*, declara que ellos no habrían podido hacerlo, y que sucedió por sabiduría y providencia especial, puesto que El venía de Dios.

Pasa de prisa por lo que podía molestarlos. Pues en todo era su empeño demostrarles que Jesús había muerto. Como si les dijera: Aunque vosotros lo hayáis negado, ellos lo testificarán. Ahora bien, quien por lo de la muerte los molesta, mucho más podrá molestar a los que lo crucificaron. Pero a esto no aludió. Podía haberles dicho: Cristo tenía poder para quitaros de en medio; pero no lo hizo, y se contentó con dejarlo entender. Entendemos ahora por sus palabras qué significa eso de *tener*. Ciertamente es que quien tiene algún dolor no lo retiene, ni hace algo, sino más bien lo padece y se apresura a echarlo de sí.

Con exactitud afirma: *Pues dice David acerca de El*, con el objeto de que no apliques a David lo que se dice. ¿Observas cómo interpreta Pedro la profecía y la expone claramente y asevera que Cristo está sentado en el trono de David? Porque ese Reino está en los Cielos y es espiritual. Advierte cómo junto con la Resurrección declaró el Reino recibido en la Resurrección. Declara cómo el profeta tuvo necesidad de hablar de Cristo, pues acerca de Este era la profecía. ¿Por qué no dijo de su Reino, sino: *De su Resurrección*? Por ser ésta el gran misterio. ¿Cómo está sentado en su trono? Reinando sobre los judíos, y si en general sobre los judíos, mucho más sobre los que lo crucificaron.



*Ni en su carne experimentó la corrupción.* Esto se parece menos a la Resurrección, pero es lo mismo. *A este Jesús resucitó Dios.* Advierte cómo no lo llama con otro nombre. *De lo cual somos testigos todos nosotros. Exaltado, pues, a la diestra del Padre.* De nuevo recurre Pedro al Padre, aunque bastaba con que ya antes lo había dicho. Pero sabe bien la mucha importancia que esto tiene. Deja además entender el hecho de la Ascensión y que Cristo está en los Cielos, aunque esto lo dice claramente.

*Habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido.* Advierte cómo al principio dice no que Cristo, sino que el Padre lo envió; pero una vez que hubo recordado sus milagros y lo que los judíos hicieron con El, y habló de la Resurrección, ya confiadamente se refiere a lo demás siempre poniendo aquellos testigos para ambos sentidos. Resurrección y exaltación. Por otra parte, con frecuencia alude a la Resurrección, pero al crimen de los judíos solamente una vez, para no serles molesto. Y dice: *Habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido.* También esto es gran misterio. Pienso que se refiere a la promesa hecha por Cristo antes de su Pasión. Advierte cómo finalmente todo lo refiere a Cristo, dando a entender oscuramente la grandeza de la obra. Pues si Cristo derramó el Espíritu Santo, sin duda que de el hablaba el profeta citado antes cuando dice: *Y sucederá en los últimos tiempos: Derramaré mi Espíritu en aquellos días sobre mis siervos y sobre mis siervas y obraré prodigios arriba en el cielo.*

Observa qué clase de cosas interpone ocultamente. Pero como el prodigio era grande, nuevamente lo vela y encubre, y viene a decir que es del Padre de quien Cristo lo ha recibido. Habla de las buenas señales ya obradas y de que El es Rey y de que ha venido a ellos, y finalmente afirma que es Cristo quien da el Espíritu Santo. Porque sea cual fuere la cosa que alguien diga, si no la dice para utilidad de los oyentes, en vano la dice. Así dice el Bautista: *El os bautizará en Espíritu Santo* <sup>4</sup>. Declara además que a Cristo la Cruz no sólo no lo amenguó, sino que lo tornó más resplandeciente, puesto que entonces le dio Dios lo que antes le había prometido.

O quizá quiere decir: la promesa que a nosotros nos prometió. Hasta ese punto conocía de antemano lo futuro. Y después de la cruz nos dio aún más de lo prometido. Dice: *Lo ha derramado.* Por aquí declara la dignidad del Espíritu Santo y no que se da simplemente, sino que se da con abundancia. Declarado esto, continúa luego. Pues



en seguida confiadamente, tras del don del Espíritu Santo concedido, habla de la Ascensión a los cielos, y por cierto no así como quiera sino trayendo testigo y recordando a aquel de quien dijo Cristo: *Porque no ascendió David al cielo.*

Confiado ya Pedro en lo que había expuesto, no habla modestamente, sino que usa las expresiones: *Sea permitido decir* u otras semejantes; y abiertamente declara: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, mientras pongo a tus enemigos como escabel de tus pies.* Si era Señor de David, mucho más lo era de los judíos. *Siéntate a mi derecha.* Con esto lo dice todo. *Mientras pongo a tus enemigos como escabel de tus pies.* Por aquí les pone gran temor, como ya lo hizo al principio, o sea que obre en favor de sus amigos y en contra de sus enemigos. Y de nuevo, no sea que no se le de fe, atribuye al Padre el poder.

Tras de haber así dicho cosas sublimes, torna a las modestas. Dice: *Por consiguiente, sepa con toda certeza la Casa de Israel.* Es decir: no dudéis, no hagáis objeciones. Y luego con imperio prosigue: *Que Dios lo constituyó Señor y Cristo.* Esto lo tomó de David y del salmo. Pues cuando parecía que había de decir: Sepa pues con toda certeza la Casa de Israel que Este está sentado a la derecha del Padre, cosa que era altísima, dejándola a un lado, pone otra más humilde y modesta, diciendo: *Lo hizo,* lo constituyó. De modo que aquí para nada se refiere a la substancia divina, sino que todo lo aplica al caso de que viene hablando.

*A este Jesús al que vosotros crucificasteis.* Bellamente termina así su discurso, sacudiéndoles el ánimo. Una vez que les demostró cuán grave era el crimen, finalmente lo expresa con toda claridad, para que así aparezca mayor y los atemorice. Porque a los hombres no tanto los atraen los beneficios cuanto los aterrorizan los castigos y el temor. Los amigos de Dios y varones piadosos no tienen necesidad de una cosa ni de otra, como sucedía con Pablo, quien no se fijaba ni en el reino ni en la gehena.

Esto es amar a Cristo, esto es no ser mercenario ni tomar la cosa a ganancia y negociación, sino estar dotado de verdaderas virtudes y proceder en todo por amor de Dios. ¿De cuántas lágrimas no somos deudores cuando debiendo llegar hasta esa medida, ni siquiera como simples comerciantes anhelamos y buscamos el Reino de los Cielos? Nos promete grandes cosas, pero ni aún así le hacemos caso. ¿Qué habrá que a semejante enemistad compararse pueda?

Por cierto que quienes andan enfermos con la loca codicia de riquezas, si esperan lograr de los presentes, sean enemigos, sean esclavos, sean pésimos adversarios, el fruto de algunos dineros; no dejan piedra por mover; sino que los adulan, les sirven como criados y les tributan toda clase de honrosas consideraciones: porque la esperanza del dinero les impide reflexionar. En cambio, la promesa del Reino no tiene para ellos poder tanto como el dinero; más aún, no tiene poder alguno. Y esto a pesar de que quien lo promete no es un cualquiera, sino un Ser superior al mismo Reino. Cuando lo que se promete es un Reino, y ese Reino lo da Dios, en verdad que es cosa de gran valor el recibirlo y de tal mano recibirlo.

Pero ahora las cosas suceden como si un rey quisiera hacer herederos y coherederos de su hijo a hombres a quienes antes colmó de beneficios, pero fuera por ellos despreciados, y como un ladrón que a nosotros y a nuestros padres nos ha colmado de males y él mismo se halla plagado de ellos, y mancha nuestra honra e impide nuestra salvación, con un óbolo que nos ofreciera ganara nuestra adoración. Promete Dios un Reino, y se le desprecia: el diablo nos proporciona la gehena del fuego, y lo honramos: ¡siendo Aquél Dios y éste demonio!

Veamos la diferencia de lo que nos mandan. Pues aun cuando nada de eso hubiera, ni Aquél fuera Dios ni éste demonio, ni prometiera Aquél un Reino ni éste la gehena proporcionará, ¿acaso la naturaleza misma de lo que imperan no bastaría para persuadirnos a seguir a Dios? ¿Qué es lo que cada uno de ellos ordena? El demonio, cosas que avergüenzan; Dios, lo que nos torna gloriosos. El demonio, cosas que llevan consigo mil calamidades e infamias; Dios, cosas que engendran suma tranquilidad.

Mira, por ejemplo. Dice Dios: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas* <sup>5</sup>. El demonio te dice: Se feroz, inhumano, iracundo: más bien fiera que hombre. Veamos de ambas cosas cuál sea más útil y más a propósito. Pero no sólo es eso. Piensa en que esto es del demonio, pues con sólo esto que se demuestra, ya es un gran triunfo. No es patrón el que ordena lo más fácil, sino el que ordena lo más útil. También los padres de familia ordenan cosas trabajosas y duras, y lo mismo los patrones a sus siervos; pero precisamente en esto demuestran aquellos ser padres, mientras que estos otros demuestran que son dominadores, dañosos y todo lo contrario de los padres.

Que los preceptos de Dios sean placenteros queda claro por lo que diré. ¿En qué situación piensas que se encuentra el iracundo y en cuál

el que es manso y paciente? ¿Acaso el alma de este segundo no es semejante a una soledad plenamente quieta, y el alma de aquel primero a una plaza llena de turbas, en donde abundan los gritos de los que conducen camellos, mulos y asnos, y gritan a quienes se les acercan para que no vayan a ser pisoteados? ¿No es acaso esta alma semejante a uno que habita en medio de las ciudades, en que abunda el estrépito de los que trabajan el oro, por otro lado el ruido de los herreros, y en donde unos hieren y otros son heridos?

En cambio la otra alma es semejante a la cumbre de una montaña que goza de la blandura de los vientos y de los limpios rayos solares y de la que se derivan cristalinos raudales y abundan las flores coronadas de gracia, como sucede en los prados y en los huertos primaverales, adornados de plantas, rosas e hilos de agua que corriendo se precipitan. Y si algún ruido se escucha es suave y tal que derrama abundante placer en quienes lo perciben. Porque o se trata de aves que cantan armoniosamente, posadas en las más altas ramas de los árboles, o de las cigarras o de los ruiseñores y golondrinas que forman entre todos una sinfonía concorde y musical, o bien del céfiro que blandamente roza el follaje de las plantas y de ordinario imita los sonidos, semejantes a los de las flautas, de los pinos de diversas especies <sup>6</sup>, y de los cisnes; o bien el de los prados productores de rosas y lirios que mutuamente se rozan; o como el del mar apenas rizado con suaves oleajes.

Muchas otras comparaciones podrían encontrarse. Así, si alguno contempla las rosas, creerá estar viendo el arco-iris, si las violetas, un mar con sus ondas; si los lirios, un cielo. Y con semejante espectáculo recibe placer no únicamente la vista sino el cuerpo todo. Porque éste aspira y se recrea, hasta parecerle que más está en el cielo que en la tierra. Hay también otro sonido, que es el del agua que desde las cumbres por entre precipicios se despeña por su propio peso, pero luego suavemente borbolla murmurando entre las interpuestas piedrecillas del cauce y de este modo hace descansar con placer nuestros miembros tendidos al lado, de manera que concilia el sueño con que el cuerpo descansa.

Habéis escuchado estos párrafos con gusto y quizá por aquí se os ha infundido el amor a la soledad. Pues bien, más dulce que semejante soledad es el alma del hombre paciente. Porque no hemos traído las anteriores imágenes tan sólo por el gusto de describirnos un prado, ni para hacer ostentación derramando palabras, sino para que viendo a través de esta descripción cuán grandes es el placer de quienes son



pacíficos y que es con mucho más suave y más útil convivir con un hombre manso y paciente que habitar en los lugares que hemos descrito, imitéis a semejantes varones.

No habiendo en tales almas vehementes huracanes, sino plácida y bondadosa conversación, semejante en suavidad a los céfiros, y advertencias que nada de áspero tienen, sino que imitan a las dichas aves en sus cantares, ¿cómo no va a ser esto mejor? El viento suave de la conversación no afecta al cuerpo sino que rehace las almas. Ningún médico, aunque ponga el mayor empeño, librará tan pronto al enfermo de la fiebre como el varón paciente amansará al iracundo que se subleva, mediante el céfiro de sus palabras. Mas ¿qué digo un médico? Ni el hierro incandescente metido en el agua pierde tan rápidamente su calor como el iracundo su ira si topa con un hombre apacible. Pero así como si entraran en el ágora aves cantoras parecería que se burlaban, así nuestros preceptos cuando caen en una alma iracunda parecen burlas. En resumen es mejor y más dulce la mansedumbre que la temeridad y la hiel. Pero no es esto sólo, ya que es el demonio quien ordena esa última, mientras que la mansedumbre la ordena Dios.

Veis ahora por qué dije, no sin motivo, que los preceptos divinos son por sí suficientes para atraernos, aun cuando no existieran ni Dios ni el demonio. El hombre apacible para sí es suave y para los demás, útil. El iracundo es para sí molesto y dañoso para los demás. Nada hay más desagradable que un hombre iracundo, nada más molesto, nada más trabajoso y que más pena cause; así como nada hay más agradable que quien no sabe irritarse. Es preferible habitar con una fiera que con el iracundo. Al fin y al cabo las fieras, una vez que se domestican, guardan sus leyes de domesticadas; mientras que el iracundo, cuantas veces lo aplaques, otras tantas de nuevo se enfurece, porque de una vez para siempre se le ha formado el hábito.

Así como el día sereno y alegre y el día lluvioso y reciamente triste son entre sí contrarios, así lo son el alma del iracundo y la del pacífico. Pero no veamos todavía los enojos que los iracundos causan a otros, sino los que a sí mismo se causan. Ciertamente que no es pequeño daño eso de causar enojos a otros; pero, en fin, por de pronto fijémonos en el daño que decíamos. ¿Qué verdugo podría en forma tal desgarrar los costados del iracundo? ¿Qué asadores puestos al fuego podrían igualmente traspasar el cuerpo? ¿Qué locura furiosa puede así hacer perder el sano juicio?

He conocido a muchos que a causa de la ira cayeron enfermos.



Porque la cólera es la más recia de todas las fiebres. Y si la fiebre así destroza los cuerpos, piensa lo que la ira hará en las almas. No lo calcules en razón de no haberlo visto, sino piensa en lo que daña la mala ira a quien la concibe, y deduce de ahí cuán grave daño causará a quien la da a luz y la pone por obra. El que con fortaleza soporta daño semejante, todo lo demás lo sobrellevará fácilmente. Y sin embargo, aun cuando impere cosas tan duras y proporcione como premio la gehena; aun cuando el que impera sea el demonio y sea enemigo de nuestra salvación, se le obedece con preferencia a Cristo, Salvador nuestro, y bienhechor, y que ordena cosas que son más suaves y más útiles y nos acarrean grandes bienes a nosotros y a nuestros compañeros. ¡Nada hay, carísimos, peor que la ira! ¡peor que la cólera desmedida! ¡no soporta tardanzas! ¡es recia enfermedad!

Con frecuencia alguno movido de ira pronuncia palabras tales que para reparar sus efectos necesita una vida eterna; o también hace algo que le echa a perder todo el resto de sus días. Y lo que es más grave de todo, en breve tiempo, con sólo una obra, con una palabra, nos privamos de los bienes eternos y nos procuramos innúmeros trabajos. Por lo cual os ruego que pongamos todos los medios para refrenar esta bestia feroz.

Dicho sea esto acerca de la mansedumbre y de la ira. Pero si alguno en su discurso trata de las demás pasiones y virtudes, como de la avaricia y el desprecio de los dineros, de la lascivia y de la castidad, de la envidia y de la mansedumbre, y las va comparando entre sí, conocerá muchas otras diferencias. ¿Has visto cómo por sólo lo que imperan se conoce a Dios y al demonio? Obedezcamos a Dios y no nos arrojemos a los precipicios, sino que, mientras hay tiempo, limpiémonos de cuanto mancha nuestra alma, para así conseguir los bienes eternos, por Gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

## NOTAS

1. Juan I, 33.
2. Juan VII, 28
3. Gén. XLV, 5, *ad sesum*.
4. Mat. III, 11.
5. Mat. XI, 29.
6. El santo literalmente especifica dos clases de pinos: *pituz* y *peukh*. Había también *elath*. O sea pino ordinario, resinoso y pinabete.

## HOMILIA VII

*Al oír esto se compungieron en su corazón y dijeron a  
Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué de-  
bemos hacer, hermanos?  
(Hechos II, 37)*

¿ADVIERTES CUÁN BUENA es la mansedumbre? Esta, mucho más que ninguna violencia compunge nuestros corazones y los hiere con una más íntima herida. Así como quien golpea sobre un cuerpo duro, no logra que el efecto sea demasiado sensible; pero si previamente lo ablanda y doma, entonces su golpe profundiza, del mismo modo en nuestro caso conviene primero ablandar los corazones y hasta después purificarlos. Y no los ablandan la ira, ni las duras acusaciones, ni las injurias, sino la mansedumbre. La ira acrecienta la enfermedad, la mansedumbre la elimina. De modo que si quieres corregir a quien te ofendió, acércatele con gran mansedumbre. Observa sus efectos en nuestro caso. Con mansedumbre Pedro recuerda a los judíos sus crímenes y nada más añade; recuerda el don que ellos recibieron de Dios; esgrime el testimonio que haga fidedignos los sucesos, y en esto fue en lo que alargó su discurso. Y los judíos recibieron con respeto las palabras de Pedro, llenas de mansedumbre; porque les habló como Padre y como cariñoso maestro a los que habían crucificado al Señor de él y respiraban muertes contra los discípulos.

Y no solamente se persuadieron, sino que pronunciaron sentencia contra sí mismos y cayeron en la cuenta de lo que habían hecho. No permitió la mansedumbre de Pedro que se irritaran y que su mente se oscureciera, sino que mediante la humildad, suprimida aquella como niebla que formaba la indignación, les puso delante su crimen. Suele así suceder. Cuando nosotros aseveramos que algunos nos han hecho mal, éstos se esfuerzan en demostrar que ningún mal nos han hecho; y cuando afirmamos que ningún mal nos han hecho, sino que más bien

fuimos nosotros los que lo hicimos, entonces ellos se esfuerzan al contrario. En consecuencia, si intentas combatir a quien te hizo algún daño, no lo acuses, sino más bien lucha en su favor, y entonces será él mismo quien se acuse. Pues así de querelloso es el género humano y así de dispuesto a la querella.

Así procedió Pedro. No acusó con vehemencia, sino que se esforzó hasta donde pudo en defenderlos con mansedumbre, y por este camino conmovió sus ánimos. ¿Por dónde consta que ellos se compungieron? Por lo que dicen. ¿Qué es lo que dicen?: *Hermanos ¿qué debemos hacer?* A los que antes llamaban embaucadores, ahora los llaman hermanos; y no porque se les quisieran igualar, sino porque los querían atraer a su amor y cuidado. Por otra parte, una vez que los llamaron hermanos y le preguntaron: *Hermanos, ¿qué debemos hacer?*, no añadieron inmediatamente: Hagamos penitencia, sino que se pusieron en manos de los Apóstoles. Así como en un naufragio o en una enfermedad, el individuo, fijando sus miradas en el piloto o en el médico, se entrega enteramente a su disposición y obedece, así los judíos confesaron encontrarse en peligro extremo y sin esperanza de salvación.

Advierte que no dijeron: ¿En qué forma nos salvaremos? sino: *¿qué haremos?* ¿Cómo procede Pedro? Siendo preguntados todos, él responde por todos y dice: *Convertíos y haceos bautizar cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo*. Aún no les dice: Creed, sino: *Haceos bautizar cada uno de vosotros*. La fe la recibían en el bautismo. En seguida les declara la ganancia y fruto: *En perdón de vuestros pecados. Y recibiréis el don del Espíritu Santo*. Pero si vais a recibir este don, si el bautismo lleva consigo el perdón de los pecados ¿por qué dudáis? Y para dar más certeza a sus palabras, añade: *Pues para vosotros es la promesa*. Dice ésta y ahora, o sea la misma que antes dijo en su discurso. *Y para vuestros hijos*. De manera que el don es mayor cuando lo participan los herederos de los bienes. Continúa: Como también para cuantos ahora están lejos. Como si dijera: Si es para los que están alejados, mucho más lo es para vosotros que estáis cerca. *Y serán llamados por el Señor nuestro Dios*. Advierte cuándo les dice: *Para cuantos están lejos*: es cuando ya los tiene ganados y ellos mismos confiesan y condenan su propio crimen. Cuando el alma se acusa a sí misma ya no sufre envidia.

*Y con otras muchas palabras daba testimonio y los exhortaba diciéndoles*. Advierte que en todas partes Lucas es breve y sin ambi-

ciones ni ostentación. Dice: *Daba testimonio y los exhortaba diciéndoles*. Perfecta es la enseñanza que junta de una parte el temor y de otra el amor. *¡Salvaos de esta generación perversa!* No les habla de lo futuro, sino de lo presente, que es lo que más mueve al hombre, e indica que la predicación libra de los males presentes y también de los futuros.

*Los que con buena voluntad acogieron sus palabras se hicieron bautizar. Y en aquel día quedaron agregados unos tres mil. ¿Cuánto crees que regocijó esto a los Apóstoles, mucho más que el prodigio? Y se entregaron con perseverancia a recibir la instrucción de los Apóstoles y a la mutua ayuda.* Dos virtudes hay aquí; la perseverancia y la mutua unión. Lo dice Lucas para significar que los Apóstoles los estuvieron instruyendo por largo tiempo. *A la mutua ayuda, a la fracción del pan y a la oración.* Dice que todo lo hicieron con perseverancia y todo en común. *Y todos los miraban con temor reverencial. Y por medio de los Apóstoles se obraban muchos milagros y prodigios.* Con razón ya no los miraban como a hombres vulgares, ni atendían a las cosas que caen bajo los sentidos, sino que su mente se hallaba inflamada por el Espíritu Santo.

Como Pedro se había extendido largamente declarando las cosas pasadas y las futuras, con razón estaban sobrecogidos de temor reverencial, y los milagros hacían fidedignas las palabras de los Apóstoles. Así como en tiempo de Cristo se sucedían primero las señales, luego la enseñanza y finalmente los milagros, así sucede ahora. *Y todos los que creían vivían unidos, y todas las cosas las tenían en común.* Advierte desde luego cuán grande es el aprovechamiento en la virtud. Pues no únicamente en la oración vivían unidos, ni sólo en la doctrina, sino también en la vida virtuosa.

*Vendían haciendas y sus bienes y lo repartían entre todos, habida cuenta de la necesidad de cada uno.* Considera su mucho temor reverencial. *Y lo repartían.* Dice esto para indicar el manejo económico. *Habida cuenta de la necesidad de cada uno.* No procedían vanamente a la manera de los filósofos griegos. De éstos, unos abandonaron sus propiedades, otros arrojaron al mar buena cantidad de oro. Pero no era por desprecio de las riquezas, sino por estulticia y necedad. Ha sido empeño constante del demonio calumniar las obras de Dios, como si las riquezas fueran malas y no se pudiera usar bien de ellas. *Y unánimes asistían constantes todos los días al templo.* Con esto indica Lucas el modo como recibían los fieles la instrucción.